## Catalina de Habsburgo

## Las Austrias

Matrimonio y razón de Estado en la monarquía española

Traducción e introducción María de Irigoyen

## Índice

Introducción	11
I. Margarita de Austria (1480-1530)	17
II. Catalina de Austria (1507-1578)	47
III. Juana de Austria (1535-1573)	83
IV. Anna de Austria (1549-1580)	119
V. Isabel Clara Eugenia de Austria (1566-1633)	141
VI. Catalina Micaela de Austria (1567-1597)	173
VII. Ana Mauricia de Austria (1601-1666)	199
VIII. Mariana de Austria (1635-1696)	233
IX. María Cristina de Austria (1858-1929)	267
Notas	301
Bibliografía	313

### Introducción

ALII BELLA GERANT. Tu, felix Austria, nube.»\* El lema según el cual la dinastía austriaca conseguiría por medio del matrimonio más reinos que otras haciendo la guerra ha sido tan citado que, de no ser por su evidencia, resultaría inapropiado para presentar este libro, Las Austrias, una de cuyas características es la originalidad del tema: la biografía de nueve mujeres de la rama española de la Casa de Austria y sus respectivos enlaces de Estado.

Los Habsburgos, *apellido* de la dinastía, son conocidos entre otros aspectos por su inteligente política matrimonial, que comenzaron a utilizar desde sus orígenes, documentados en el siglo XI, en el actual cantón suizo de Argovia; en concreto, en la fortaleza del Azor (en alemán, *Habichtburg*, y por contracción, *Habsburg*). Esta estrategia *nupcial* les permitirá extender sus dominios y consolidar su peso político, hasta conseguir, en 1273, la elección de Rodolfo de Habsburgo para ocupar el trono del Imperio germánico.

El dominio de esta dinastía en España (1517-1700) se gestó con el casamiento de Juana la Loca con Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano I de Austria. Tras una serie de lutos, que en poco tiempo acabó con todos los herede-

<sup>\* «</sup>Deja que otros hagan la guerra. Tú, feliz Austria, cásate.»

ros peninsulares, la sucesión recayó en el primogénito Carlos I —V en el orden imperial—, un tímido pero decidido muchacho gantés que en poco tiempo se hizo con las riendas de uno de los territorios más interesantes de lo que entonces se denominaba «cristiandad»; reinos en los que hasta no hacía mucho, cristianos, judíos y musulmanes habían dado lugar a una cultura muy original, no exenta de conflicto. También el joven Carlos era *unicum*. De hecho, por sus venas corría no sólo sangre alemana, sino también, entre otras, inglesa (Casa de York), francesa (duques de Borgoña) y portuguesa (dinastía de Avis). Con tan rico bagaje cultural, Carlos I empezó a gobernar estas tierras en 1517. A partir de entonces —en rigor a partir de su hijo Felipe II—, es posible hablar de una rama española de la Casa de Austria o de Habsburgo.

Los Austrias españoles seguirán aplicando la ventajosa política de alianzas matrimoniales durante los dos siglos que duró su reinado en la Península. Un arco temporal en el que vivieron ocho de las nueve mujeres biografiadas en estas páginas, las cuales parecen haber despertado poco el interés de los historiadores, a pesar de la trascendencia de algunas de las acciones que realizaron. Ellas son:

- Margarita (1480-1530), Princesa de Asturias en tanto que esposa del único hijo varón de los Reyes Católicos. Del fruto de su vientre dependió que la dinastía Trastámara siguiera o no gobernando en España.
- Catalina (1507-1578), hija de Juana la Loca. Castellana de nacimiento, devenida Reina regente de Portugal se opuso a ceder los derechos sucesorios de su nieto portugués a su nieto español, don Carlos, hijo de Felipe II.
- Juana (1535-1573), hermana de Felipe II y princesa heredera de Portugal, *abandonó* a su hijo para hacerse cargo de

- la gobernación de España. Fundó el monasterio de Las Descalzas Reales (franciscanas), a pesar de que algunos sostienen que fue miembro *secreto* de la orden jesuita.
- Anna (1549-1580), Reina de España. No obstante su discreta presencia, trajo al mundo al heredero varón que su marido, Felipe II, esperaba ansiosamente para evitar los conflictos de la sucesión femenina al trono.
- Isabel Clara Eugenia (1566-1633) y Catalina Micaela de Austria (1567-1597), preferidas por Felipe II al resto de sus hijos, vivieron muy cercanas a su padre. Poco se ha hablado de su capacidad y autonomía de criterio cuando fueron, respectivamente, archiduquesa soberana de los Países Bajos y duquesa de Saboya.
- Ana Mauricia (1601-1666), Reina de Francia, una soberana que se sentía muy orgullosa de sus orígenes españoles y que quizás influyera más de lo que se piensa en el ánimo de su hijo, el Rey Sol, respecto a la instauración de los Borbones en España.
- Mariana (1635-1696), Reina de España, mujer de Felipe IV y madre del desdichado Carlos II, fue su germana tenacidad la que hizo que sobreprotegiera a su hijo y se opusiera al bastardo de su marido, don Juan José de Austria, comprometiendo tal vez el destino de su dinastía en España.
- María Cristina de Habsburgo-Lorena (1858-1929), conocida en España como María Cristina de Habsburgo, marca el retorno, después de casi doscientos años, de una Austria al trono de España. Reina y regente, siempre se ha destacado de ella el riguroso respeto a la Constitución y la discreción con la que llevó sus problemas maritales.

Considerado brevemente el bagaje histórico de estas Austrias resulta paradójico que nadie las hubiera biografiado en

conjunto teniendo en cuenta sus matrimonios de Estado. Porque sin estas abnegadas mujeres, dispuestas a casarse jovencísimas con quien las obligara su padre o su hermano, ciertas políticas no habrían podido llevarse a cabo. Se dirá que eso ocurría con casi todas las dinastías reinantes de la época. Cierto. Sólo que en la historia ninguna gobernó tantos territorios, durante tanto tiempo, como la de los Austrias.

El trabajo de la autora, Catalina de Habsburgo, ha consistido en analizar las relaciones públicas y privadas entre estas madres e hijas, abuelas y nietas, tías y sobrinas, todas ellas miembros de su propia familia, para luego narrarlas de forma convincente y amena. No ha sido su pretensión suplantar a los historiadores académicos. Su deseo es ofrecernos un acotado de la historia de su dinastía, basada en documentos de archivo y bibliografía actual, así como en testimonios y consideraciones familiares. Al recurrir a distintas fuentes y versiones, evita cometer el pecado mortal de las biografías escritas por descendientes de personajes importantes: ser excesivamente complacientes con los biografiados. La delicadeza del tono de algunas frases de Las Austrias no debería llevar a pensar que su autora ha querido ofrecer una versión à l'eau de roses, como ella misma diría, de las mujeres de su familia. A veces, un adjetivo polisémico o un silencio en el momento adecuado pueden dar a un texto un significado muy diferente del que parece.

El hecho de pertenecer a la misma estirpe que sus protagonistas tampoco le ha impedido a la autora tomar cierta distancia respecto a ellas, centrándose en el estudio de lo que realmente fueron: soberanas comprometidas con una alta misión dinástica, pero también mujeres que vivieron, amaron y sufrieron en un determinado momento histórico, con sus luces y sus sombras; y que muchas veces pagaron con la felicididad personal el ideal que las guiaba.

De modo que, incluso cuando algunas de sus acciones o modos de actuar nos resulten hoy extraños, siempre podremos apreciar el lado humano de *Las Austrias*. Nueve significativos personajes femeninos de los que Catalina de Habsburgo es, a la vez, nieta por la sangre y madre por la escritura.

María de Irigoyen

# I Margarita de Austria (1480-1530)

(\_\_\_\_,

Nuera de Isabel la Católica Princesa de Asturias y Gobernadora de los Países Bajos E RA DE NOCHEYA cuando un jinete que vestía el uniforme verde y acero de las caballerizas de la gobernadora de los Países Bajos entró en los apartamentos privados del emperador Carlos V y se arrodilló ante él. Sujetando con un brazo el casco embarrado, extrajo un pergamino que traía oculto en su tabardo e, inclinando respetuosamente la cabeza, se lo tendió.

«Madame, mi querida tía, ha muerto»¹, dijo Carlos. Al pronunciar estas palabras, cargadas de tristeza, el Emperador tomó conciencia de la desaparición de la mujer que lo había educado y hecho de él el más grande soberano de su época. Carlos V, en cuyo reino nunca se ponía el sol, lloraba la pérdida de una de sus más estrechas colaboradoras: su tía Margarita de Austria, que por amor al deber había sacrificado su vida de mujer y de madre para que él pudiera seguir el destino trazado por su padre.

Cuando esta archiduquesa nació, en 1480, nada hacía presagiar su destino extraordinario, su relevante porvenir, estrechamente ligado al ducado de Borgoña, en el que había visto la luz. Hija menor del entonces archiduque Maximiliano de Austria y de María de Borgoña. Su madre, única heredera del ducado, debía la salvaguarda de su Estado al emperador Federico III. El jefe de la Casa de Austria la había protegido de la rapacidad de los franceses, que recla-

maban esas tierras, a cambio del matrimonio con su hijo mayor, Maximiliano.

Fiel a la tradición de los Habsburgos, el emperador Federico III de Austria buscó para su nieta, Margarita, un buen partido: el heredero de la corona francesa. La dote, según el pacto de Arrás firmado entre su padre y el Rey de Francia, incluía el Franco Condado y la región de Artois. De ese modo, se pretendía moderar los apetitos territoriales galos.

Con tan sólo tres años, la pequeña archiduquesa Margarita hizo su entrada en Lille: «Iba la señora delfina adornada y aderezada de raso negro, brochada de hilo de oro de mucho valor, enjoyada de gruesas perlas y otras piedras preciosas, cubierta la cabeza por un gorrillo de lienzo blanco, y sobre él, una toca de terciopelo negro. (...) La rodeaban cuatro caballeros de a pie y la precedían el Magistrado, los nobles y burgueses de la ciudad. Seguían a la litera diez carros dorados, cubiertos de brocado carmesí, con las armas de Borgoña».<sup>2</sup>

El delfín, de trece años de edad, recibió fastuosamente a su prometida. Una vez que Margarita hubo llegado a Amboise, el principito hizo «la reverencia a las damas» y se enfundó a toda prisa en un manto bordado de oro, muy apropiado para la ceremonia de bodas. El 22 de julio de 1485 los esposos se unieron ante Dios y ante la ley de acuerdo con la fórmula tradicional, «para lo bueno y para lo malo». Es poco probable que a una edad tan temprana la delfina fuera consciente del compromiso que asumía a dar el «sí» a las preguntas del sacerdote y del notario mayor. Un cronista de la época refiere que, al final del acto, el flamante marido tomó las manos de su esposa y le besó dos veces las mejillas.

Margarita subió al trono el mismo año de su llegada a Francia, tras la muerte de su suegro y la ascención de su esposo, Carlos VIII, al de los Capetos. Los siguientes ocho años fue-

ron muy felices para ella. Cuentan las crónicas de entonces que vivía constantemente ocupada y que la vida de corte no le resultaba desagradable. De ese periodo data su iniciación en la práctica de la pintura y la música, a las que había que sumar las misas de la mañana, las visitas de beneficencia, las lecturas religiosas y las interminables sesiones de bordado, en las que sus pequeños dedos tejían con hilos de oro, sobre la seda azul de un estandarte, los siete lirios del escudo francés.

Pero esta aparente tranquilidad no resistió la voracidad territorial de Francia. Los ministros y parientes más cercanos aconsejaron al Rey que pidiese la anulación de su matrimonio con Margarita y se casase con la duquesa Ana de Bretaña, algo fácil de lograr puesto que aún no había compartido lecho con su esposa. Seguramente, a él debió de parecerle una opción más racional que su extraño matrimonio con una niña de once años.

Los nuevos esponsales del monarca francés se celebraron el 6 de diciembre de 1491. Para Margarita, entonces sola y abandonada, fue la situación más humillante de su vida. Los cortesanos la evitaban, sus privilegios se evaporaban... y además tuvo que esperar a que finalizaran las largas y complicadas negociaciones diplomáticas para poder regresar a los Países Bajos. La joven Reina repudiada conservará de esos dos años, en que fue rehén de los franceses, un rencor que durará casi hasta el final de su vida y repercutirá en sus futuras decisiones políticas.

Cuando por fin pudo volver a su tierra natal, que había dejado diez años atrás, su progenitor la recibió con honores dignos de una reina. Puso a su disposición una casa en Flandes y una corte formada por miembros de las familias más ilustres de los Países Bajos, pero Margarita apenas pudo descansar, porque su padre, el ahora emperador Maximiliano I de Austria, había decidido que se volviera a casar. Esta vez,

la elección más conveniente miraba hacia España. Los Reyes Católicos, siempre hostiles a Francia, tenían hijos de la misma edad que los suyos, una coincidencia de la que Maximiliano sacará provecho por partida doble: casa a Margarita con el heredero español, don Juan, y a Felipe el Hermoso, su hermano mayor, con la futura Juana la Loca.

El matrimonio del Príncipe de Asturias, único hijo varón de los Católicos, con la archiduquesa Margarita se celebró en Malinas en 1495, siendo el novio representado por Francisco de Rojas, comendador de Calatrava.

¿Cómo era este esposo del que tan poco se sabe y al que Margarita tanto amó?

### El Príncipe de Asturias

Fue por medio del siguiente despacho, portador de la voz de su propia madre, Isabel la Católica, que el pueblo de Sevilla recibió en 1478 la ansiada noticia del nacimiento del príncipe:

«Consejo, Alcaldes, Alguaciles, Veinticuatros, Caballeros, escoderos, jurados, oficiales e homes buonos de la muy noble e muy leal ciudad de Sevilla: Ya sabéis como, por la gracia de Nuestro Señor y por su inmensa bondad, soy alumbrada de un fijo infante, que me nació ayer; de lo cual mandé a Martín de Tavara, continuo de mi Casa, que vosdiese es mi letra sobre ello. Hoy miércoles, primero día de julio de 78 años. Yo la Reina. Por mandado de la Reina, Alfón Dávila.»<sup>3</sup>

La alegría con la que se acogió la llegada del esperado hijo varón de Isabel y Fernando casi no tiene igual en la historia de los nacimientos reales españoles. Durante ocho noches hubo cantos y danzas en las calles, así como explosión de fuegos artificiales. El cronista Pulgar escribió a su amigo, el doctor de Talavera: «Señor, del Nacimiento del Príncipe con la salud de la Reina, hubimos acá muy gran placer. Claramente vemos sernos dado por especial don de Dios; pues al fin de tan larga esperanza le plugo darnosle. Pagado ha la Reina a este reino la deuda de sucesión viril que era obligada de dar cuanto yo por fe tengo que ha de ser el mas bienaventurado Príncipe del mondo. No faltaron augurios nefastos para pesimistas: entre la solemnidad del bateo y la de la misa de purifición se interpuso un eclipse de sol.»<sup>4</sup>

Los Reyes Católicos, incesantes viajeros, nómadas de alma, pasaban poco tiempo en cada lugar y casi siempre se desplazaban con toda su familia; de manera que el joven príncipe seguía a sus padres en sus incesantes peregrinaciones por todo el país. La vida de corte se reducía a su mínima expresión cuando los soberanos se dedicaban a las guerras de expulsión de los infieles. Entonces, ante las ciudades sitiadas se levantaban tiendas en cuyo umbral se escribía en letras de oro la divisa de los reyes: «Tanto monta, monta tanto...»

«Fernando e Isabel —escribe un historiador que ha estudiado minuciosamente a la pareja<sup>5</sup>— puede decirse que no tuvieron casa propia. Andariegos por necesidad, sus palacios fueron casi siempre los de sus huéspedes, los nobles o prelados que les daban cobijo; algunas veces sus habitáculos eran las estancias de un castillo decoradas rápidamente con media docena de tapices o paños de Arrás... otras, las celdas de un convento, enriquecidas ocasionalmente con alcatifas, hacheros y cojines.»

De los hijos de los soberanos, don Juan es el preferido de la Reina, su tesoro, su orgullo. Pero a todos les dará una corona: su hija mayor, Isabel, acabará casándose con el Rey de Portugal; para Juana, la Católica piensa en Felipe de Austria, una buena alianza política; en cuanto a Catalina, será para el príncipe Arturo, heredero de Inglaterra. Y a su único hijo varón, sobre el que—se espera— recaerán las coronas de Castilla y de Aragón, le dará la mano de la rubia e inteligente Margarita.

También don Juan es rubio, como su madre, y tiene su mismo rostro ovalado; la boca sensual se parece, en cambio, a la de su padre. Al contrario que su progenitor, el príncipe tiene espaldas estrechas y un cuerpo grácil. Su salud delicada preocupa a sus familiares, lo que ha hecho de él un niño sobreprotegido. Desde los primeros años le rodean jóvenes cuidadosamente escogidos, vástagos de las mejores familias, conocidos por su excelente educación y su pureza de alma. Jamás se le castiga y sus maestros tienen fama de ser los más cultivados del reino. Así pues, crece un príncipe adulado por su entorno y respetado por sus consejeros, a causa de su vasta cultura.

El médico alemán Jerónimo Münzer, que lo conoció un año antes de que se casara con Margarita durante una audiencia, cuenta que «el único hijo de estos monarcas es el Serenísimo Príncipe Don Juan; mas para su poca edad, tan excelente retórico y gramático que causa maravilla. Le dirigí una arenga en latín que oyó con atención y se veía muy bien que hubiera querido darme la respuesta por sí mismo; pero por padecer una dolencia en el labio inferior y en la lengua, que le impedía hablar expeditamente, mandó al Ayo que me contestase, mostrándome extremada cordialidad y benevolencia». 6

En realidad, «mi ángel», como lo llama la reina Isabel, es un hombre bueno pero poco preparado para afrontar la dura tarea que le espera como soberano. Juan ha recibido una educación que no ha corregido su falta de temperamento y combatividad. Tal vez por ello, el humanista italiano Pedro Mártir de Anglería, cortesano conspicuo, le encarecía: «Daréis frutos

ubérrimos, ¡oh, joven admirable!, si continuáis como hasta ahora simultaneando en vuestro espíritu el cultivo de las letras con el de las buenas costumbres. Poned máxima atención en tomar ejemplo de vuestros padres que no tienen segundos entre los Reyes de la tierra, ya que, según me dicen, les escucháis con la boca abierta para no perder una sílaba de cuanto sale de sus labios, y asimilaros todas sus enseñanzas.»<sup>7</sup>

### Margarita, Princesa de Asturias

En el verano de 1496, mientras Margarita viajaba rumbo a España, en cumplimiento de los pactos matrimoniales entre Habsburgos y Trastámaras, Isabel la Católica, con un numeroso séquito, escolta hasta la costa norte a la infanta Juana, su hija, que partía hacia Flandes. Le habían dicho que su futuro marido, Felipe, era hermoso, simpático, excelente jinete e infatigable cazador. De manera que la desdichada ya se consumía de pasión por este hombre con el que se casará poco después, el 21 de octubre de 1496, en Amberes, segura de su eterna felicidad. Detalle funesto, o quizá mal augurio, gran parte del séquito español que la acompañaba hasta Flandes murió de hambre o de frío, dado el duro clima del norte. Así, algunos otrora valientes guerreros perecerán lejos de su patria, solos y abandonados, ya que nadie se querrá hacer cargo de los gastos de su traslado.

En cuanto a la llegada de Margarita a España, Pedro Mártir cuenta en una carta a un prelado: «Os escribí hace poco refiriéndoos que el Rey se hallaba a Gerona de Cataluña; que Juana, la hija de los Reyes, había sido llevada a Flandres y que Margarita, la regia nuera, estaba siendo esperada con vivísimo anhelo.» La joven archiduquesa, que se hizo a la mar

desde Flandes, en pleno invierno de 1497, para ir al encuentro de su marido, estuvo a punto de no llegar nunca por culpa de una terrible tempestad, que pudo provocar el naufragio de su nave. En esa ocasión, el almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez, al mando de la flota, pretende haber oído exclamar a la flamante Princesa de Asturias:

Yace aquí Margarita, ¡infeliz ella! Pues dos veces casada, murió doncella.<sup>9</sup>

De ser ciertos estos versos, el episodio muestra claramente el coraje, el sentido del humor y la autoironía de que era capaz la nueva princesa. Denota también la humillación que sentía por haber estado casada dos veces y todavía no haber sido hecha mujer. Sin embargo, Margarita era una de las criaturas más encantadoras que se puedan encontrar: sus ojos de cervatilla, levemente rasgados, eran inmensos y cambiantes; su tez aterciopelada, entre rosa y dorada; su rubia cabellera provocaba la admiración de todos los que la veían. A pesar de que no era demasiado alta, tenía un cuerpo muy bien proporcionado. El encanto y la gracia de sus formas, llenas y delicadas a la vez, no podían sino satisfacer al pintor más exigente.

A su llegada al puerto de Santander, a principios de marzo, la flamante Princesa de Asturias fue recibida por una muchedumbre, encabezada por el condestable y el conde de Haro, que la condujo hasta Burgos, donde la esperaban su esposo y sus suegros. Como bien anunciaba Mártir de Anglería en la citada misiva, los Reyes Católicos recibieron a su hija política de manera fastuosa, sobre todo si se toma en consideración la austeridad a la que estaban acostumbrados. Cuando

Margarita hizo la reverencia ante su suegra debió de sentirse intimidada. La reina Isabel emanaba realeza no sólo debido a su orgulloso porte —la cabeza erguida con energía, un fino perfil que mostraba su casi perfecta estructura ósea—, sino también gracias a los diamantes, de gran pureza de aguas, que brillaban alrededor de su cuello.

Desde que comienzan las fiestas en honor de Margarita, con cañas y toros incluidos, el Príncipe de Asturias no logra desprender su mirada de ella. Entre ambos nace una espontánea atracción que se acrecienta a cada instante y se vuelve más fuerte cada vez que cruzan su mirada. Las mejillas de Margarita se enrojecen y el joven príncipe, evidentemente, no desea otra cosa que quedarse a solas con esta mujer cuya belleza le subyuga. «Pero en tiempo poco a propósito para celebrar las nupcias, ya que en Cuaresma le está vedado al Cristiano contraer matrimonio.» Pese a ello, don Juan suplica a sus padres que le permitan unirse a su amada y rápidamente consiguen un permiso eclesiástico que autoriza a los Reyes Católicos a casar a su primogénito.

Las fiestas del matrimonio de Juan y Margarita fueron grandiosas. La ceremonia religiosa se celebró en la catedral de Burgos, donde se atestaban los grandes, y el cardenal Cisneros fue el encargado de la homilía. Incluso se contó con la presencia de don Cristóbal Colón, protegido de la reina Isabel.

Por lo que respecta a los regalos recibidos, podemos hacernos una idea de ellos gracias a un párrafo incluido en la *Relación de las joyas, ropas y muebles dados al príncipe don Juan y a la princesa doña Margarita con motivo de su boda,* una observación poco común en un documento notarial: «Todas estas joyas son tales, que los que las han visto no vieron otras mejores.» <sup>11</sup> Pero el lote verdaderamente importante era el de las perlas, que la archiduquesa había traído de Flandes; entre sartas, toca-

dos, orilletas y gorgueras se contaban 1.339 medianas. A éstas había que sumar las regaladas por Isabel y Fernando: 50 perlas «del tamaño de avellanas mondadas», más otras 48 «harto mayores que estas otras». Alhajas que, según se sabe, habían estado durante años en poder de los judíos de Valencia como prenda del empréstito que se levantó para la conquista de la ciudad de Baza.

Pero tanta alegría y riqueza material se verán melladas muy pronto por la preocupación de al menos uno de los cortesanos más sagaces, como era el caso de Mártir de Anglería, que así se lo contó en otra carta a su amigo prelado:

«El día anterior os escribí, purpurado Príncipe, refiriéndoos lo acontecido en Burgos a la llegada de la regia nuera, Margarita. Pero omití deciros las cualidades de su persona. Si la vierais, creeríais contemplar a la mismísima Venus. Cual Marte pudo desear a la diosa de Chipre, en hermosura, porte y edad, así nos viene de Flandres esta beldad... Pero es de temer que esas calidades traigan nuestra desgracia y la ruina de España porque nuestro joven Príncipe empalidece, consumido de pasión. Los médicos y el propio Rey exhortan a la Reina para que interponga su ascendiente separando a los cónyuges. Piden que se abra una tregua en las incesantes expansiones de amor y advierten el peligro con que éstas amenazan. Una y otra vez llaman su atención sobre la flacidez del rostro de su hijo e sobre su fatigoso andar; añadiendo que el mal ataca ya a la medula y tiene debilitado el estómago... Nada consiguen. La Reina responde que los hombres no tienen poder para desatar lo que Dios ha unido.»<sup>12</sup>

A partir de un cierto momento, los consejeros de la reina Isabel le recuerdan cuán débil ha sido siempre la constitución del príncipe, cómo hubo que alimentarlo con caldos de tortugas capturadas en las islas Baleares. Arguyen que el caso de su marido no puede servir de ejemplo porque don Fernando está dotado desde su nacimiento de un admirable vigor corporal. Pero la madre del príncipe cierra sus oídos y persiste en sostener su punto de vista «femenino, cuando hasta ahora se había colocado siempre en el masculino», hasta el punto de que Mártir de Anglería, habitualmente tan cortesano, refiriéndose a doña Isabel concluye la carta que estamos comentando, diciendo: «La ensalcé de continuo por constante; siento tener que calificarla de terca, y excesivamente confiada.»

La realidad se encargará de hacerle ver a la Reina que sus asesores no iban muy errados. Mientras se encuentra en Valencia de Alcántara, un correo le advierte que el príncipe se encuentra enfermo:

«El 26 de septiembre le arrebata intensa fiebre. Se disponen rápidos caballos, a intervalos frecuentes; vuelan correos sucesivos que comunican a los padres el proceso de la enfermedad, recorriendo veloces el trayecto entre Salamanca e San Juan en la raya portuguesa.»<sup>13</sup>

Como la Reina no está en condiciones de viajar, es el Rey quien sale a todo galope rumbo a Salamanca. Según Mártir, «encuentra a su hijo con todos sus sentidos, aunque en grave peligro. Exhórtale a que se anime y no desfallezca; le recuerda que la esperanza de vivir ha portado la salud a muchos enfermos. Contesta el hijo que siente cercana la muerte, y ruega varonilmente a su padre que acate los designios de Dios... La entereza con la que hablaba dejó maravillado a su padre, pues sus expresiones, mucho más que de un mancebo, eran propias de un anciano. Yo, que me había separado de los Reyes

para seguir al Príncipe y estaba allí desde el principio, no puedo evocar esas escenas sin que el llanto anegue mis ojos.»<sup>14</sup>

### Fortune infortune fort une

El 6 de octubre de 1497, el Príncipe de Asturias muere en los brazos de su padre, al lado de esa esposa a la que había amado con una pasión quizás demasiado ardiente para su débil constitución. Sus últimas palabras fueron para ella: «A partir de ahora, mi alma habita dentro de ti.» Don Juan es sepultado en Ávila. *Bruto*, su lebrel, no quiere separarse de él; sólo con esfuerzo se logrará arrancarlo de los pies de su tumba. El fiel animal, recogido por la reina Isabel, nunca más se alejará de ella.

Con todo, los soberanos no se sienten abandonados por Dios...; Margarita embarazada! Su marido, que como se deduce de la lectura de sus últimas voluntades estaba al corriente del acontecimiento, había dispuesto que «para cumplimiento e pago e satisfación de todo lo susodicho en este mi testamento contenido, desde agora entrego a Sus Altezas y los otros mis testamentarios todo el dinero, plata, moneda, tapicería, piedras, perlas, joyas, e todo los otros mis bienes muebles e semovientes, e cumplido, e pagado, e ejecutado este mi testamento, dejo por mi legitimo e universal heredero de todos los otros mis bienes remanientes a mi hijo o hija que pariere la Sereníssima Princesa, mi muy cara e muy amada mujer, de que agora está preñada.» <sup>15</sup> Testamento que concluye: «Suplico a sus Altezas... a la Sereníssima Princesa, mi muy cara e muy amada e mandar cumplir con ella las arras que le prometieron, e hagan con ella como yo de sus excellentísimas virtudes espera; lo cual remito a lo que a sus Altezas bien visto fuere.» 16

El reino entero llora sinceramente a su amado príncipe. Todos los castellanos, sin distinción de estamento, visten luto durante cuarenta días y, durante los meses siguientes, se considerará de mal gusto utilizar otros colores que no sean el negro, el malva o el violeta. Naturalmente, la princesa Margarita es la primera en lucir colores castigados, como nos testimonia este extracto de la lista de su ajuar, que se redactará al dejar ella España y que, entre sus vestidos, cita «una ropa de sagra negra, forrada de paño blanco». <sup>17</sup>

Los reyes ponen todo su empeño en disimular su dolor, pero no logran impedir que sus cortesanos adviertan su tristeza. Mientras descansan, con frecuencia se les ve mirarse el uno al otro; sus ojos revelan la pena común que les embarga. Sólo les queda una esperanza: «Aguardamos con ansiedad el parto de Margarita, a la que dejó preñada nuestro Príncipe.» 18

A pesar del terrible vacío causado por una muerte tan sentida por todos, la posibilidad de que pronto nazca una vida engendrada por el mismo que acaba de dejarla reconforta a la desamparada viuda, a los padres destrozados por el dolor y al mismo pueblo. Toda la atención del reino se concentra, pues, en esa mujer, vestida de negro, cuyos todavía infantiles rasgos contrastan con la gravedad de su mirada. La ya evidente curvatura del vientre impone a la princesa Margarita el cambio continuo de guardarropas, hasta que, a principios de abril, un terrible golpe cambia de nuevo el curso de su existencia: «Margarita ha tenido un aborto en vez de la deseada prole. El parto esperado con ansias tan vivas no nos deparó sino una masa informe.»

Una vez conocida la noticia, el emperador Maximiliano I de Austria trata de que su hija regrese de inmediato a Flandes, pero otra vez la diplomacia se tomará su tiempo y ello no podrá ser posible hasta el verano de 1499, cuando Mar-

garita emprende el viaje desde Granada hasta Bayona, donde la espera un enviado de su hermano, Felipe el Hermoso. Antes de su partida tendrá lugar la penosa división de bienes, en la que se le devolverá lo que ella había llevado como dote, más lo que había recibido, tanto como donación *propter nupcias* como en forma de regalo antes y después de la muerte de su marido.

En el Libro de las joyas de la muy alta y ecelente doña Margarita princesa de Castilla encontramos un minucioso inventario de dichos objetos. De entre las diecisiete «tablas de pintura» llaman particularmente la atención dos obras: Nuestra Señora con su hijo en brazos y un «nacimiento». Y, entre las joyas, «una manilla de oro lisa, con unas letras góticas, esmaltadas en blanco y negro», el famoso brazalete que ostentaba la conocida divisa de Margarita, «Fortune infortune fort une», que resume bien a las claras los trágicos meses vividos por la princesa: la pasión que la unía a su esposo, la muerte inesperada, el convertirse en centro de atención hasta el deseado nacimiento de su hijo y, sobre todo, esa terrible sensación de haber fracasado, de no haber podido cumplir con la misión que se le había encomendado de dar al reino un heredero.

#### Madrina de Carlos V

El 24 de febrero de 1500, la hermana de su difunto marido, Juana de Castilla, dio a luz en Gante al primer hijo varón del archiduque Felipe de Austria. Las circunstancias en que tuvo lugar el nacimiento sorprendieron a toda la corte: Juana empezó a sentirse mal mientras presidía un baile y, antes de llegar a su cuarto, ya había dado a luz a aquel que un día sería el Emperador de toda la cristiandad.